

HISTORIAS DE UN ENCUENTRO

Mi encuentro con Saulo Pablo de Tarso

CAPÍTULO IV EL LEGADO DE UNA CONVERSIÓN

Autor Roberth Phoenix

Dedicado a Pbro. Juan Francisco Espino Godínez

Polen se transportó a través del flujo del tiempo; y en un abrir y cerrar de ojos; estábamos en nuestro siguiente destino: en ésta ocasión viajamos a la ciudad de Damasco. Caleb aseguró que en aquel sitio encontraría a uno de los grandes pilares de la Iglesia, Saulo Pablo de Tarso, para platicar con él acerca de su reciente conversión.

Fuimos transportados a tierra, e inmediatamente Liam señaló al hombre l que debía entrevistar. Al principio, me dio un poco de miedo, pues sin duda era imponente, con un cuerpo atlético y gestos duros, sin embargo tuve confianza en que la conversión que había leído en el Nuevo Testamento sobre él, me permitiría acercarme.

- Buenas tardes, apóstol de los gentiles, quisiera conversar unos momentos con usted. – Dije.
- Con mucho gusto. Has venido a preguntarme sobre Jesús de Nazaret ¿no es así? – Contestó amablemente.
- En efecto, pero antes quisiera que me un platicará un poco de usted. dígame, ¿Dónde nació?
- Nací en Tarso de Cilicia, soy judío de nacimiento y descendiente de la tribu de Benjamín. Mi Padre me puso el nombre de Saulo Pablo. Saulo por mi Saúl, el máximo héroe de nuestra tribu, y Pablo por el gran general romano, que fue héroe en las guerras de Aníbal.

Me di cuenta en aquel momento que en verdad ignoraba mucho acerca de mis entrevistados, por lo que decidí profundizar en la vida de éste hombre.

- Menciono que es judío de nacimiento, ¿puede platicarme un poco acerca de su infancia?
- Bueno como a todo niño judío, se me enseñó la ley contenida en la Torá, y también su interpretación mediante el Talmúd. Fui alumno de la escuela de Gamaliel, y tuve el privilegio de estudiar a sus pies. – dijo con orgullo.
- ¿Entonces es un judío estricto de la Ley? – Asumí.
- En cierto sentido lo fui, incluso en esa enseñanza estuve de acuerdo con la muerte de muchos que creí no seguían la ley, como fue el caso de Esteban.

Recordé entonces el pasaje de la muerte de Esteban. Un pasaje que siempre me intrigó y que al fin obtendría la respuesta anhelada.

- ¿Podría platicarme más acerca de eso? – Le pedí respetuosamente.
- Verás – dijo él -, lo que sucedió, es que por mi educación y formación, que ciertamente fue estricta. Siempre consideré que Dios me indicaba respetar su Ley, para agradecerle y hacer su voluntad. Sin embargo, a pesar de mis estudios, la experiencia de fe llegó a su cúspide mucho después.
- ¿Entonces usted perseguía a aquellos que no seguían la Ley? – Pregunté.
- Precisamente. Me dedicaba a perseguir a todo aquel que no respetara la Ley que Moisés nos dio. En el caso específico de Esteban, te recuerdo, que se dedicaba a proclamar que Jesús era el Mesías, el hijo de Dios, y que contradecía a nuestra Ley, o bueno, al menos eso pensaba yo.

La expresión de su rostro y su voz cambiaron repentinamente, fue como si él mismo hubiera descubierto lo que siempre estuvo ante sus ojos. Su lenguaje corporal pareció un poco atribulado pero al mismo tiempo entusiasmado.

- ¿Quiere decir que entonces no contradecía a La Ley?
- Mira, la Ley y la vida de servicio a Dios, se ven desde diferentes perspectivas desde la Fe y desde el encuentro con Dios.
- ¿A qué se refiere? – Pregunté intrigado.
- Me refiero a que yo me dedicaba a amenazar de muerte a los seguidores de Jesús, que se hacían llamar seguidores del Nuevo Camino, por su blasfemia, pero no tenía idea. Recuerdo que incluso pedí cartas de autorización al sumo sacerdote, para ir a las sinagogas en Damasco, a buscarlos y llevarlos presos a Jerusalén.
- Por favor, platíqueme de ese viaje. – Pedí al contrastante hombre.
- Iba acompañado de un grupo de hombres, y cuando nos encontrábamos cerca de la ciudad, una luz proveniente del cielo me cubrió. Entendí inmediatamente que se trataba del Señor, pues había estudiado la Ley, y conocía los signos. Entonces caí al suelo y una voz me habló. Él dijo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

Él detuvo su relato y sus ojos se llenaron de lágrimas. Pareció profundamente conmovido por aquel recuerdo, pero al mismo tiempo su tono de voz era de dicha y de vergüenza.

- ¿Qué paso entonces? – Continué.
- Fue tan extraño. Tantas cosas pasaron por mi cabeza... Pues pensé que yo servía a Dios, y ahora Él me preguntaba porque lo perseguía. Le pregunte quien era y el Señor me contestó que era Jesús, al mismo a quien perseguía. Entonces comprendí mi error. Recuerdo que la voz me indicó que fuera a la ciudad para que me dijeran que debía hacer, pero cuando me levante no podía ver, así que fui conducido a Damasco en mi ceguera.
- ¿Qué sucedió ahí? – Pregunté.
- Tuve una visión sobre un hombre llamado Ananiás que me anunciaba la voluntad de Dios. Y tres días después, me anunciaron que Ananiás se había presentado para verme, en ese momento confirmé que lo que me sucedió era por obra y voluntad del mismo Dios. En ese momento cayeron de mis ojos una escamas y recuperé la vista. Pero además fui lleno del Espíritu Santo.
- ¿Ahí comenzó su nueva vida? – cuestioné, impresionado por aquel relato.
- Sí, pero no ha sido fácil pues mi vida anterior es conocida por muchos, aún así me he animado a proclamar a Jesús como hijo de Dios, en todas las sinagogas aquí en Damasco. Ahora he pensado en viajar a Jerusalén para reunirme con los creyentes.
- ¿Tiene miedo de que lo rechacen?
- En realidad creo que ellos tienen más temor de mi, por mi pasado, y creo que no será fácil convencerlos de que también soy creyente, pero estoy seguro de que el Señor estará conmigo.
- Así será buen hombre. Le agradezco mucho por compartir su experiencia. – Dije lleno de confianza.
- Gracias a tí, que Dios te bendiga. – Dijo San Pablo, mientras me abrazo, luego dio la vuelta y se marchó.
- Muchas gracias. – musité.

Liam me miró y adiviné la pregunta que rondaba en su mente.

- Yo también tuve una conversión y san Pablo fue uno de mis grandes ejemplos. – Dije al tiempo que nos transportábamos a *Polen*.
- San Pablo, fue uno de los más ilustres propagadores del cristianismo - dijo Liam -, hizo grandes viajes apostólicos por Chipre, Antioquía, Asia menor, Macedonia, Atenas, Corinto, Éfeso y la Tróade. Murió en Roma y contribuyó como nadie a difundir el Evangelio en el mundo occidental. Vaya, que gran vida.
- Así es migo mío... así es.- respondí, mientras nos desplazábamos por el flujo del tiempo hacia nuestro siguiente destino.

Comentarios:

roberth_phoenix@hotmail.com